

# Entre la playa y el cielo

Juan de Dios García



Alfonso Albacete *Joc 8. Liturgia* 2015

Cuando en una conversación frente a la mayoría de hispanohablantes nacidos a partir de la segunda mitad del siglo XX se citan el Mediterráneo y la música, pasan sólo décimas de segundo en asociarse a la canción o al disco homónimo de Joan Manuel Serrat. Aquí podríamos poner punto final a este texto y al lector le parecería moral y artísticamente justo. Si ya está todo dicho sobre el Mediterráneo de Homero, igualmente se podría afirmar del Mediterráneo de Serrat. En el caso del padre de la literatura occidental, han pasado veintiocho siglos y seguirán pasando otros muchos sin que su antiguo pódium heleno encuentre una grieta sospechosa. En el caso del Noi del Poble-Sec, su «Mediterráneo» es insustituible, un hito en la historia de la música popular

que apenas deja espacio para reinterpretaciones a perpetuidad, algunas de las últimas bastante jugosas, como la realizada por el grupo Tachenko en 2011 o la trompetista Andrea Motis en 2019. No hay trabajo más inspirado en homenaje al *Mare Nostrum*, no hay quien lo haya resumido mejor líricamente ni quien haya estructurado de forma más certera un carrusel imaginario y sensitivo «de Algeciras a Estambul». Es un estándar pop perfecto.

Quien teclea estas palabras ha publicado un libro, *Canto fenicio*, cuya semilla argumental es precisamente presumir cómo serían las coplas de animación entre los remeros cananeos durante sus singladuras comerciales por los días portuarios y las noches acuáticas de esa Antigüedad. En mi currículum espiritual y casual también está el vivir en Cartagena, ciudad donde se celebra cada mes de julio el festival internacional con el concepto más abierto de mediterraneidad: La Mar de Músicas, que ha expandido sus tentáculos culturales a subfestivales paralelos como La Mar de Letras, La Mar de Arte y La Mar de Cine. Esa idea tópica de saberse heredero de una forma de civilización está presente en el imaginario individual de buena parte de su ciudadanía costera. Ese elemento geofísico ayuda a entender por qué se mantiene una idea de alimentación ligera y difusa, por qué esa pulsión simultáneamente fatalista y vitalista de la existencia, por qué esa vida callejera, ese espíritu lúdico y festivo favorecido por las bondades del clima, por qué un cuarteto de *ska* jamaicano levanta a un público en la Plaza del Ayuntamiento y a cuatro calles de allí se está ejecutando una batalla sin cuartel de troveros y flamencos contra gallos del *hip-hop*

fotografiada por cruceristas escandinavos. Vivo, pues, rodeado de esa atmósfera mitad real y mitad propagandística y, sin embargo, ahora está sonando en mi habitación el último disco de Dylan. El viejo de Duluth invoca a la madre de las musas: «Me estoy enamorando de Calíope. / Ella no es de nadie, ¿por qué no me la das? / Ella me habla, habla con sus ojos». Esta conexión entre un tipo criado en un rancho de Minnesota y las ficciones del mar Egeo que bullen en su letra existen por los vínculos homéricos universales que advertíamos antes. Cuán lejos está el Mediterráneo de la casa flotante que tenía Otis Redding en la bahía de San Francisco, de las olas surferas de Playa Redondo loadas por The Beach Boys y del atlántico submarino amarillo de Liverpool. No en vano, junto a las etiquetas más populares de jazz-fusión o rock progresivo, se colocó también la de *rock mediterráneo* para marcar territorialmente una corriente setentera de bandas con espesor y musculatura en la que navegaban la andaluza Almanzora, la murciana Acequia, la valenciana Modificación o las catalanas Iceberg, Máquina! y Música Dispersa.

Delineando con compás un círculo de Cádiz a la Costa Azul, podemos contar con un variopinto abanico de folclore sonoro en forma de canciones corsas, piratas, napolitanas, rumba argelina o tunecina, levanticas, tarantas, la instrumentalidad festiva del *klezmer* judío... En muchas de ellas se usa la flauta y el tambor, como el que alienta la danza de los giróvagos turcos, la guitarra de sol para el *sirtaki*, el laúd egipcio o el magrebí para los azulados y repetitivos *gnawa*. Y en el reverso del folclore están también la canción melódica italiana, francesa, el

italo-disco, el pop romántico, étnico o de significación política, como en aquella cafta que escribió al Gobernador de Libia el maestro Battiato.

Independientemente de los resultados sentimentales o comerciales, no confundamos un himno utilizado a conciencia para la promoción de una ciudad olímpica como la «Barcelona» de Mercury y Caballé con un himno de facturación puramente popular como «L'Empordà» de los gerundenses Sopa de Cabra, coreado por decenas de miles de personas en el Palau Sant Jordi.

A Leonard Cohen, cuando era un escritor desconocido y un músico inexistente, le impresionó el puerto de Hydra y se compró una casa en esa isla bohemia por 1.500 dólares heredados de su abuela. En aquel entorno escribió *Flores para Hitler*, se enamoró y creó la superlativa «So long, Marianne». Me quedo con eso, lector. La tarantela eléctrica de Vinicio Capossela no es el gorgorito sentido y bastante cursi de Eros Ramazzotti, con todo el respeto para el romano. Una cosa es «Levante» de Pata Negra o «La mer» de Charles Trenet y otra es el rótulo de Estrella Damm colgado en la televisada y pegadiza «Summercat» que Billie The Vision & The Dancers inocularon en el espectador ibérico durante un lustro.

En el panorama galo merece una atención especial la mediterránea de Les Negresses Vertes, por su combatividad, querencia a la fiesta y desenvuelta fusión de rock con *chanson* marina, *rai* de segunda o cuarta mano y flamenco ultrapirenaico, que los elevaron hacia estancias insólitas para una banda de su perfil. Entre ellos convivían el acordeón y Elvis con la palmada rumbera. Eran tan diversos e imparables que lograron llevar

el ambiente tabernario del puerto de Marsella a los márgenes del Sena, y claro, cuando Helno, su atractivo y clarividente cantante, murió entregado a los excesos, aquella borrachera rítmica dio paso a la resaca y al silencio.

Manu Chao compartió con Les Negresses Vertes la promiscuidad musical. Él es el autor, entre otras piezas que son patrimonio internacional, de «Clandestino», triste descripción armónica de la amargura y peligrosidad de un viaje maldito: «Mi vida la dejé / entre Ceuta y Gibraltar. / Soy una raya en el mar».

Palpita la garganta de María José Llergo en «Te espera el mar», canción líquida de la película *Mediterráneo*, que cuenta las aventuras de los socorristas españoles de Open Arms auxiliando en la isla de Lesbos a una cantidad importante de naufragos desamparados: «Como una madre con sus niños / Ulises cruzó el mismo mar. / Es la Odisea de nuestro siglo / estas lágrimas de sal [...] Respeto *pa* los que murieron / y *pa* quien los supo salvar, / dejando escrito en la marea / su sueño de libertad».

A propósito de Lesbos, hay un hecho que ilustra con precisión la contemporaneidad de estos viajes ético-estéticos de ida y vuelta entre las orillas mediterráneas y el resto del mundo. En esa isla griega, concretamente en el hotel Aphrodite —viene bien recordar que el combo seminal desde donde crecieron los exitosos Vangelis y Demis Roussos se llamaba Aphrodite Child—, turistas al sol fueron repentinamente sorprendidos por refugiados que ocupaban una embarcación inflable. Entre ellos bajaron cinco un tanto especiales que, alegremente, repartieron su disco a los veraneantes. Eran los miembros de Khebez Dawle, una

banda siria de rock que huía del Estado Islámico. Su primer objetivo era llegar a Líbano; el segundo, pedir asilo europeo. Con el surrealista gesto del reparto de discos, su joven cantante tenía, además, otra meta: que los europeos no les viésemos como invasores que quieren quedarse con comida o trabajos ajenos, sino como miembros activos que buscaban solamente seguridad y que venían a producir y a sumar. Eran unos universitarios que querían ser los Pink Floyd sirios, mezclando instrumentos orientales con psicodelia occidental. Vino, de repente, el grito arrollador de la Primavera Árabe y se implicaron demasiado en las protestas contra Assad. El baterista, de hecho, fue hallado muerto en su coche. Fue el punto de partida para zarpar espantados de Damasco.

Una muestra de cómo se filtró la música negra anglosajona en los países árabes del Mediterráneo sur se palpa ya en el disco recopilatorio *The Slam! Years (1983-1988)*, que ofrece mestizaje, saltos, giros y cambios entre la parranda magrebí, el *funk* y los sintetizadores.

De las cenizas de The Housemartins surgió la banda The Beautiful South, con un pop más pulido, complejo y orquestado. En su tema «The Mediterranean», añadiendo pizcas de *soul* banco, apostaban por la importancia del *dolce far niente*, por el sur hispánico, itálico o balcánico que tanto atrae al jubilado anglo. Estos sufridores del calvinismo abrazan la liberación que supone el azul estoico y hedonista: «la escuela, como la vida, conviene a algunos hombres en ratones».

El sonido Ibiza, que tanta tendencia europea creó con su *electro* y su *deep house* en los noventa, ahora ha quedado reducido a una marca de altavoces



Guillermo Pérez Villalta *Camino sobre el mar* 2017

autoamplificados, etapas de potencia e instrumentos de la marca Ibiza Sound enfocados solamente al uso del pinchadiscos aficionado. ¿Cómo era eso de Carnegie sobre capitalismo, lujo y necesidad?

El «Mediterranean Sundance» que compusiera Al Di Meola e interpretara junto a Paco de Lucía en el *Elegant Gypsy* del 77 o el «Viatge a Itaca» que escribiera Cavafis, tradujera Carles Riba, arreglara Lluís Llach y marcara un sello generacional no debería compararse al «Mediterráneo» de Los Rebeldes. Carlos Segarra nos insta a cambiar asfalto por mar, a que quememos la ropa de invierno, casi nos ordena viajar a esa tierra de pasión en la que habita el eterno verano. Esta letra cita topónimos evocadores para cualquier forastero mesetario convertido en un turista potencial de la Costa Blanca, el mar balear o la Costa del Azahar: «Nos veremos en Ibiza, en Mallorca, San Luis y Mahón. / Bailaremos en Valencia, en Alicante,



**Joan Miró**  
*Mujer bañándose*  
1925

en Gandía y Benidorm. / Desde L'Escala hasta Playa San Juan, / en Cadaqués, en Sitges, Playa Libertad»; contiene tiradas que son, más que metáforas brillantes, lemas de anuncio publicitario: «La tierra prometida está más cerca de lo que puedas pensar» o «Si quieres un paraíso esto es lo más parecido que vas a encontrar».

Curiosamente, si tiramos del cabo de amarre histórico-mágico, la mitología grecorromana otorga a dioses y semidioses el origen de la música. A este arte se le atribuían capacidades de curación y purificación. Cuando los tiempos *odiseos*, los rapsodas cantaban extensos poemas heroicos en los banquetes, acompañados de la lira y la cítara. En los dramas de Esquilo, Sófocles o Eurípides los coros eran apoyados instrumentalmente por los aulós. Así, del mar Jónico al de Liguria solamente hay unos miles de kilómetros de agua, y la monofonía clásica ateniense podría dar un salto relativo de años o de

siglos hasta la heterofonía de la bahía de Calvi, en la Isla de la Belleza, también llamada Córcega, a la que han cantado la voz aguda de Tino Rossi, una deliciosa Juliette Gréco, el inconformista Jacques Higelin o Barbara Carlotti muerta de nostalgia: «Todos los corsos del mundo / extrañan su hogar».

Sufre también añoranza de la patria el guitarrista de jazz Óscar Peñas, afincado en Nueva York desde hace dos décadas, que junto al contrabajista Ron Carter se acuerda de un tipo de pesca atunera tradicional en la suite de texturas impresionistas «Almadraba».

Al Mediterráneo se le ha personificado mucho —¿quizá demasiado?— y, en un ejercicio hiperbólico, se le ha llegado a culpar de asesinato pasional. Esto ocurre en la balada «Naturaleza muerta» de Mecano: narra la historia de un pescador que se despidió de su novia y sale a faenar, pero el mar, enamorado de la chica,



**Equipo Crónica** *Después del domingo* 1978



**Equipo Crónica** *Playa cercana I* 1978

decide que ella no volverá a verlo: «No esperes más niña de piedra, / Miguel no va a volver, / el mar le tiene preso / por no querer cederle a una mujer».

Algo decisivamente afín a la poesía es, pues, el canto, el lugar creativo donde más resplandece la unidad a la que se refirió María Zambrano, una experta en este tema. Cada pieza de música es una unidad y sin embargo sólo está compuesta de fugaces instantes. Parece que estoy hablando de armonía pitagórica, de tetracordios, tonos, intervalos y demás teoría antigua, pero no. Estoy hablando de Chopin tuberculoso componiendo sus veinticuatro preludios en una celda del monasterio cartujo de Valldemosa, del alma sarda que despide la trompeta de Paolo Fresu cuando le saca toda la gelidez y el lirismo cortante a su instrumento,

de poner el «Tu vuò fa' l'americano» de Renato Carosone a todo volumen en el Spotify del coche mientras recorre uno tranquilamente los acantilados de Monterosso.

No podemos elegir el paisaje real donde hallar emociones predilectas, pero sí fantasearlo. Elegir la vibración mediterránea como temática, inspiración o referencia musical exige la pureza de un sonido excepcional, las notas de la verdad que perseguían los filósofos y que ejercía una gran fuerza sobre la mente y los sentimientos. Conocemos lo que ya se ha compuesto. Lo que se componga en el mañana sólo lo saben las olas que nacen en el litoral de Creta y mueren en el mar de Alborán. 🌊

**Juan de Dios García**, escritor y crítico musical.